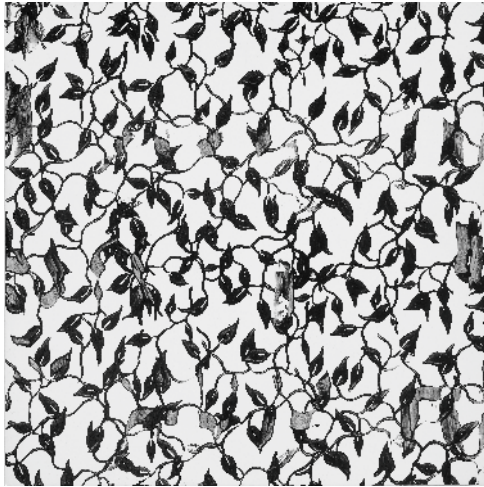


LUCRECIA ZAPPI

jaguar negro



La Huerta Grande

EDITORIAL

Título original:
Onça Preta

- © De los textos: Lucrecia Zappi
- © Traducción del portugués: Lucrecia Zappi y Phil Camino
- © De la ilustración: Christopher Wool, *Untitled* 1987

Santander, julio 2015

EDITA: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN13: 978-84-943393-4-9
ISBN10: 84-943393-4-6
D.L.: M-23.307-2015

Diseño portada: Enrique García Puche para 3BIEN Comunicación

Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdeparra, 27. 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/*Printed in Spain*

Para llegar a la casa de José Guerra baje el monte. Baje y atraviése otros dos cerros, y siga por la zona quemada. Camine por detrás de la montaña. Cuando empiece a descender de nuevo, cruce el único puente que hay. Ahí encontrará su pequeño rancho.

Miré al guía sin responderle, mientras arrancaba la poca hierba que había y trazaba un camino sobre la tierra agrietada. Traté de concentrarme en el dibujo, pero mi atención se desviaba hacia el paisaje abierto, interminable. Le dije que Chapada Diamantina no era un lugar para perderse, que tendría que llevarme con su grupo. Que estaba sola.

Le haré un mapa, agregó, desdibujando con el pie la línea anterior, mientras la media docena de extranjeros que iba con él nos observaba. Hurgó en sus bolsillos. Ahí lo tiene.

Volví a mirar el suelo terroso mientras el hombre se apoyaba contra un tronco de ombú para quitarse la comezón. Se rascó con discreción y sonrió. Su frente se ensanchó, tan amplia como los cercos de sudor de las axilas que le llegaban a la altura del pecho. Se aseguró de que el reloj estuviera bien ajustado a la muñeca y me hizo una señal con la cabeza.

Váyase, dijo. Váyase antes que caiga la noche.

Lo observé alejarse, y al cabo de un rato, con miedo a que se perdieran para siempre, les grité. El guía, a lo lejos, levantó el

pulgar. Que no me preocupara, ya encontraría la casa. Repetí las instrucciones en silencio y acomodé la mochila sobre mis hombros, mientras el viento sonoro barría el campo hacia el monte.

Un águila voló alto, de regreso a las rocas. Su graznido solitario era como un grito humano, de mal agüero. Traté de apurar el paso, pero la mochila pesaba y a cada momento se enganchaba en los troncos fi nos de la vegetación agreste.

Me acordé de lo que me dijeron mis colegas de la universidad, que en el caso de perderme en la Chapada debía seguir en línea recta durante tres días. Nada más sencillo, les contesté, y se rieron conmigo. También me habían mencionado algo sobre una estudiante que desapareció en un parque nacional. Me pregunté si sería una alumna de botánica, como yo.

El guía y sus turistas habían desaparecido hacía rato en la falsa tranquilidad de la llanura. Tuve unas ganas inmensas de buscarlos, tan inmensas como esa sensación de terror que me petrificaba y ataba mis pies al suelo. Claro que después de tantas horas de carretera, también había sentido lo contrario, el cuerpo casi flotando, despegándose de la tierra, de la que se elevaba el crepúsculo que con sus últimos rayos de sol teñía de naranja los seres rastreros de la noche.

Me dio miedo que llegara la oscuridad. Sentí la boca seca, horror a caer en un agujero. Comencé a andar más despacio, intentaba controlar mis piernas trémulas. Tenía pinchazos por todo el cuerpo. Me imaginé tirada en la tierra, mirando al abismo desde el fondo de un precipicio, mientras el sol se ponía sin sombras. También imaginé a la gente buscándome, proyectando sus linternas hacia mí, sin alcanzar el fi nal de ese abismo.

A medida que el paisaje desaparecía y las palmeras alargaban sus sombras, fue aumentando mi angustia. La sensación de vagar en círculos me aterraba. Tropecé una y otra vez con el *candombás* que se enganchaba a mis tobillos, sintiendo en carne viva los arañazos del día, mientras sucumbía ante los riesgos de la noche.

Me di cuenta que había sido un error salir de São Paulo así, sola, pero ya estaba demasiado lejos para regresar. Hasta la esperanza de encontrar a mi padre, de quién solo sabía el nombre, comenzaba a perder sentido. Llevaba meses planeando el viaje, pero en aquel momento no era ni siquiera capaz de seguir las indicaciones del único guía que me crucé en el camino. Ni el mapa me ayudaba.

Me sentí como lo que era, una niña de diecinueve años, ingenua, a la que el sueño de una relación romántica con la Chapada estaba a punto de costarle la vida. Con excepción de algunas plantas y del horizonte oscuro, lo demás era un mundo desconocido y alargado.

Traté de interpretar de nuevo las líneas del mapa. Calculé que debía estar cerca de un manantial, pero no lograba ubicarme. Crucé ríos sin orillas, grietas en la tierra. Deslizando el dedo sobre el papel, seguí el hilo azul que iba desde el sur de Mucugê, y proseguía Chapada hacia el Sincorá. El río Paty no podía desaparecer de la tierra, pensé, ni siquiera en el invierno, como el Preto, el Rodas o el Bombas.

Di vueltas y más vueltas al mapa. Su única utilidad parecía ser la de ilustrar el laberinto en que me había metido. Apenas podía ver mis manos, menos aún juzgar a qué distancia estaba la noche. Al meterlas en los bolsillos, me di cuenta que se me había caído la brújula. Regresé al campo abierto. Pasé los dedos por las siemprevivas, pero no la encontré.

Volví a buscarla en los pantalones, y lo que descubrí fue una cucharita atorada en el revestimiento de la costura, en el fondo del bolsillo. Me detuve para mirarla. Medio aplastado, el metal tenía una pátina sedosa por los años de uso. No estaba segura de donde salía aquella cucharilla, a lo mejor de la cafetería en donde mis colegas mataban el tiempo alrededor de la mesa mientras unos pocos cubiertos desaparecían entre los vasos de papel. En medio de la broza, me aferré al pequeño pedazo de metal blanquecino y me entraron ganas de llorar. Presioné la parte cóncava contra el pulgar. Ni siquiera me extrañó aquel entusiasmo desmedido por ella. Era una forma de consuelo, de paliativo que me fue dando sueño.

Vencida por la fatiga, estuve a punto de caer. Abrí la cantimplora que llevaba en la mochila. Una gota solitaria rodó en el fondo plateado. Parecía mercurio.

El puente me condujo a un camino sinuoso de curvas cerradas en donde ya no podía distinguir la vegetación. Avancé por el ramaje que de vez en cuando me rozaba la cara y extendí los brazos hasta tropezar con una malla de ganado. Paseé los dedos sobre ella y sentí las plantas enredadas a las rejas. Las que brotaban por debajo no se parecían a las hojas que oscilaban en lo alto, brillantes, como anilina en la noche. Solo marcaban el fin del trayecto.

Ahí empezó un nuevo camino, más abierto, y tras una curva avisté dos focos de luz que flotaban en la distancia a la misma altura. Era una casa.

Pensé en el breve encuentro con el guía y su grupo, en mi ansiedad reprimida mientras me hablaba, y en cómo él había seguido en dirección exactamente opuesta, perdiéndose en la lejanía

con su grupo. Al aproximarme a la casa vi que había una persona recostada en la puerta. La mujer estaba inmóvil en la oscuridad, como si llevara mucho tiempo esperándome.

Recorría con lentitud un collar de cuentas con los dedos. Aunque miraba en mi dirección, parecía no haberse enterado de mi presencia. Eso me alivió.

Me quedé callada un rato, y cuando por fin decidí hablarle, mis labios se agrietaron y el sabor de la sangre llenó mi boca. Me pasé el dorso de la mano sobre la cara.

¿Tiene un cuarto?

Sí, tengo, señorita.

La mujer debía de tener unos ochenta años. Agarré la cantimplora y quise llevarla a la boca, pero al acordarme de que estaba vacía volví a guardarla en el bolsillo. Pregunté si José Guerra vivía allí.

Sí, aquí vive. La mujer se rascó la mejilla y se cruzó de brazos para observarme. ¿Y quién es usted?, preguntó, mientras se enroscaba más sobre su estómago, como si el frío la atormentara desde adentro.

Me llamo Beatriz. De São Paulo.

Y esta de aquí es Rosa.

Me acerqué para extender mi saludo, pero me ignoró. Se me ocurrió que tal vez me cerrara el paso al interior de la casa, pero entró dejando la puerta entreabierta.

El aire se enfrió. Los grillos que no había notado hasta entonces florearón la noche con su canto brumoso y sibilino. Además de oír a los insectos me pareció escuchar un rumor de agua.

Rosa tardó en volver. Traía una vela en la mano y sábanas bajo el brazo. Quise ayudarla, pero ella insistió en llevarlo todo, señaló

hacia lo alto y me dijo que la acompañara. La claridad de la vela sobre su cuerpo le agregaba cierta fragilidad y cada vez que se volteaba hacia mí se confirmaba que algo en ella había de estatua de arcilla. Tenía la piel muy arrugada y olía a carbón. Fue cuando me di cuenta de que ahí no había electricidad.

Seguí sus pasos por el camino escarpado. Una escalada casi interminable hasta llegar a una pequeña habitación con una terraza.

Una cosa, dijo. Aquí no hay llave. Cierre la puerta con este palo. Así.

Lo haré.

¿Cuánto tiempo se queda?

No lo sé todavía. Una semana, tal vez más.

¿Viene alguien con usted, señorita?

No, he venido sola.

Sola. La mujer apretó los labios casi inexistentes. Servimos la cena a las seis y media, continuó, al mismo tiempo que depositaba la vela en el piso y las sábanas sobre la cama. ¿Se queda ahí? Porque puede entrar.

Quería preguntar cuánto me iba a cobrar por la habitación, pero no sabía si aquel era el momento. Ella tampoco dijo nada. Era como si ya existiera un acuerdo entre nosotras. Utilizaba la tercera persona para referirse al otro, a la casa y a ella misma, como si por hacerlo alcanzara un sentido de comunión que se reforzaba al pasar los dedos sobre el collar que le colgaba del cuello, se detenía en cada cuenta, con la determinación de quien reza el rosario.

Rosa sacó otra vela del bolsillo de su delantal y dejó gotear un poco de cera sobre la caja de fósforos para fijarla, mientras protegía la llama con la mano ahuecada.

Esto es para usted, dijo. Su voz brotó sin fuerza, casi inanimada, seguida de una tos. El cuarto de baño está abajo, fuera de la casa.

Pensé que con aquel trozo de vela no le alcanzaría para llegar a la casa, pero Rosa se fue, y la llama marcó cada curva del camino.

A pesar del cansancio, me quedé un buen rato en la oscuridad de la terraza, y al meter las manos en los bolsillos para calentarme, reconocí la cuchara. La apreté con la vista fija sobre el camino apagado por el cual tendría que volver. Entré a la habitación y puse la tranca contra la puerta.